



*Los lameluzos corrían sin prisas*

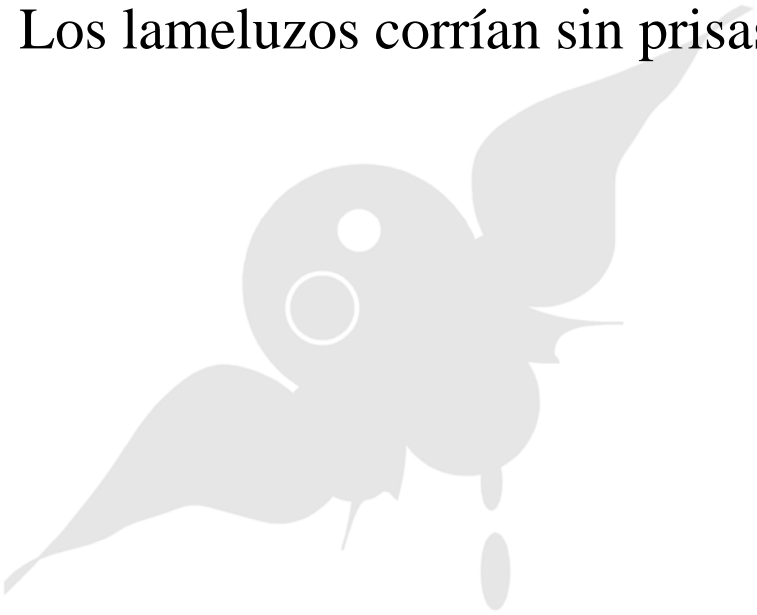






Miguel Ángel Lizaranzu

# Los lameluzos corrían sin prisas



LITTLE SHIT MACHINES  
EDICIONES



*Título de la edición original:*

Los lameluzos corrían sin prisas

*Ilustración de la portada:*

Estatua de Antonio Machín (Sevilla)

*Diseño de la portada:*

John Lessone

*Primera edición:* septiembre 2007



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Miguel Ángel Lizaranzu, 2007

© Little Shit Machines Ediciones, 2008

Printed in Granada (SPAIN)



*A mi esposa*







*1*

Eran las siete sesenta y ocho de la tarde y allí estaba yo, en mi piso de alquiler en la gran ciudad, cascándome una soberana paja con una vieja película porno de los años ochenta.

La tenía puesta en el ordenador portátil. De fondo, la televisión prendida daba un programa bastante ameno y educativo, “El diario de Fabrizzia”. Esa tarde, trataba de una serie de desgraciados cuyas vidas eran un continuo valle de lágrimas y rechinar de dientes. Los tipos iban contando sus historias y luego había un turno de llamadas en las que el público donaba generosas cantidades de dinero para intentar hacer sus miserables existencias un poco más llevaderas.

Y así, entre lamentos de desgraciados y jadeos de Tracy Lords, me derramé de lleno en el ombligo...

Limpié los destrozos con un pedazo de papel higiénico y lo dejé en la mesa del comedor.

Deposité a mi pene en el lado correcto del calzoncillo y me dispuse a salir de casa.

Bajando las escaleras, me detuve en el entresuelo, justo a la altura de la puerta con la letra A.

Con la letra A se pueden construir muchas palabras despectivas: anormales, acipotados, ambéciles...

Yo vivía en la primera planta de un viejo piso del centro.



Por dentro no estaba mal, pero la fachada y el portal resultaban bastante tétricos.

Allí, en la puerta A del entresuelo, vivía una pareja joven con una niña de unos seis años aproximadamente. El verano pasado había tenido mis líos con aquellos vecinos.

Hacía mucho calor y yo andaba en pelotas por casa, como siempre suelo hacer en verano.

Estaba parado, cobrando el subsidio del desempleo, y aquel día me habría trincado unas quince latas de cerveza mientras veía unos conciertos del tito Iggy Pop.

De modo que, tal como estaba, salí a bajar la basura a la calle. A darle una vuelta...La niña del entresuelo me vio, y sus padres, y varios vecinos más, y los muy cerdos me denunciaron por exhibicionismo.

Ya ves tú... yo ni me había dado cuenta. Además, ¿qué niña de seis o siete años se asusta hoy en día por verle los genitales a un tipejo bien puesto como lo era yo?...

Nadie. Nadie. Ninguna.

Pero, nada, nada, no hay excusas: tres meses de condena en servicios a la comunidad, limpiando graffitis, barriendo y fregando suelos, más una multa de setecientos euros... los odiaba.

Subí las escaleras hasta mi humilde morada, abrí y cogí el papel higiénico empapado en semen, bajé de nuevo hasta el entresuelo y lo dejé pegado en el pomo de la puerta A.

Todo un regalito.

Al llegar al portal me tropecé con la niñita en cuestión vestida de azul-marengo-beige. Me sacó la lengua. Puso sus ojos en mi paquete. Yo la miré a los labios.

Pensé cosas que me podrían haber llevado de cabeza a la cárcel.

Me sentí más bajo que las bragas de una enana, pero el remordimiento duró poco.



Sonrisa en boca, atravesé el umbral del edificio y llegué hasta la parada del autobús, junto a la plaza de Los Negritos, donde el ayuntamiento había puesto una enorme estatua de Antonio Machín. Les había dado por llenar la ciudad con monumentos de negros, una manera rápida de borrar siglos de racismo. Machín hacía como que movía las maracas desde su propia altura, en la esquina de al lado, Louis Armstrong soplabla su trompeta de metal imaginario...

Llegó el C-4, pero conducía un mono, un chimpancé. Peludo todo él. Subí dentro. El simio sonreía de un modo estúpido, hice el ademán de un saludo, piqué mi bonobús y tomé asiento. La mayoría de los pasajeros estaban magullados y tenían heridas leves en sus caras y en sus manos. Todos serios y con una cara triste de resignación. Enseguida lo comprendí: el mono cerró la puerta del bus y aceleró a fondo atropellando a dos peatones. Ni semáforos ni hostias, iba a toda velocidad reventando adoquines, cráneos y cajas torácicas. Me agarré con fuerza al pasa manos, mientras una señora vieja estrellaba su cabeza contra mis rodillas.

-Señora, ¿está bien?- le pregunté, pero la vieja sólo sangraba por las narices.

Acerté a darle al timbre de la parada y el mono frenó en seco arrastrando hacia su cabina de conductor a la vieja y a cinco pasajeros más. El homínido no había parado por mí, sino por un cartel de Josefina Baker semidesnuda con un tanga de bananas que había colgado en la fachada de un edificio histórico, diez paradas después de donde se suponía debía haberme bajado.

Ya con los pies en tierra, decidí hacerme las diez paradas marcha atrás, a pata.

Allí quedó el mono babeando con el cartel de la guapa bailarina negra de los años veinte.



Caminé de espaldas hasta la Alameda.

Tropecé unas cuantas veces practicando este sanísimo ejercicio, de hecho, mi culo besó el suelo en cinco ocasiones. La gente se reía, eso era bueno, todas esas caras serias que deambulaban como zombies por las calles de la ciudad merecían también su oportunidad.

La Alameda estaba desierta, no había ni un triste dios por allí. Los garitos estaban cerrados. Más tarde me enteré que era día de fiesta, y los chicos y chicas andaban por otros lugares con aires de felicidad. Sólo había un policía que paseaba a su pastor alemán-perro-policía. El animal renqueaba, le costaba andar, y el madero le tiraba de la cadena y lo llevaba prácticamente a rastras. El perro gimió, y fue su último suspiro. El tipo sacó su pipa y le disparó dos veces justo en la cabeza. Se lo puso al hombro y siguió andando. Me acerqué hasta él.

-Perdone, agente, ¿porqué está todo cerrado?, tengo unas ganas horribles de emborracharme y no encuentro ni un mísero bar abierto...

-Hoy es el día de San Imbécil, y la gente lo celebra. Todo el mundo se ha ido a La Alfalfa.

-Gracias, agente... - mierda, aquello estaba al menos a dos kilómetros.

El policía marchó y yo me quedé sentado en un banco del paseo.

Empecé a pensar en torno a mí mismo como hago siempre que me encuentro solo, en los días de verano y en los días de invierno. Los pensamientos, que al principio eran confusos, se fueron organizando de peor a mejor en mi cerebro.

Recordé quién era, o quién había sido...

Era escritor, a pesar de trabajar en cualquier mierda que se me presentara para sobrevivir. Había sido el mejor escritor



de tercera de mi generación. Yo era Albert Camus el tercero, y lo había dejado por salud, principalmente.

Había publicado mis cosillas hacía años, en revistas sin importancia. Disfruté haciéndolo desde los dieciséis, y en mi mejor momento lo dejé.

No hay peor síndrome de abstinencia que el del escritor, que se joda la heroína, a la mierda el tabaco y el alcohol, vosotros no habéis sido escritores, no sabéis de qué hablo. El mono del escritor aprieta y aparece cuando menos se le espera, como un chimpancé al volante de un bus de línea urbana. Yo llevaba dos años sin escribir nada, siendo albañil, mozo de almacén, camarero, comercial, puto a final de cuentas... y la raspa de la sardinilla de la escritura eligió aquel preciso banco y aquel precioso momento para atacarme sin piedad.

Empecé a sudar y a salivar.

Era soportable.

Los temblores no se hicieron mucho de rogar.

Se aguantaba.

Cuando mi mano empezó a dibujar palabras invisibles en el aire empecé a preocuparme.

Bolígrafos, lápices... papel, una servilleta, algo... las palabras acudían a mi cerebro y tenían que ser escritas. Reuní fuerzas como pude y me dirigí hacia la casa más cercana que tenía a la vista. Un edificio antiguo de dos plantas de color albero un tanto destartelado. Llamé tiritando.

Una anciana abrió la puerta.

-Señora, no quiero molestar, solo...solo le pido un trozo de papel y un boli, prometo devolvérselo...

La señora mayor encajó la puerta, me sequé el sudor con la mano e intenté apretar la mandíbula para disimular un poco el castañeteo de los dientes. La vieja regresó con el pedido.



-Quédatelo, pero no vuelvas nunca por aquí... estoy hasta el coño de todos los días la misma mierda- y me cerró la puerta en las narices.

Regresé a mi banco y aposenté las caderas en el respaldo de madera.

Era hermoso, era brutal, las palabras se hacían poco a poco con la magia de la tinta de aquel bic naranja de escritura fina. Me estaba corriendo vivo.

Apuntalé mi material en el papel de manera estridente. Con fuerza, aquello tenía sentido. Albert Camus el tercero empezaba a respirar de nuevo. Conforme acababa una frase, me iba relajando poco a poco, y así estaba escrito que tenía que suceder.

No importaba si alguien leía aquello o no, yo se lo estaba regalando al universo y para nada importaba el reconocimiento o el aplauso del millón de euros de unos cuantos gilipollas.

Así andaba, en pleno éxtasis creativo cuando se me acercó el policía, arrastrando el cadáver de aquel pobre perro y me arrebató el papel de las manos de un tirón.

-¿Te crees que esto es el salón de tu casa?- me preguntó el polizonte. Dudé unos instantes.

-No, que va, se equivoca, agente, yo siempre escribo en la taza del retrete, y esto no me parece un cagadero en absoluto...

Tiró al perro al suelo y empezó a ponerse nervioso. Intentaba leer lo que había escrito, pero mi letra era como la de un médico en su receta, eso lo puso aún más alterado.

-Se te confisca este material por... por...- no le dejé terminar la frase.

-Déjelo, se lo regalo, es una puta mierda.

Era mentira, pero en orgullo no me ganaba ni dios.

Estiré el cuello, alcé mi barbilla y mirando hacia el cielo me incorporé del banco arrogantemente y me alejé de



aquel payaso que, como podía, intentaba descifrar mis lindezas.

Para él, yo ya las llevaba en la mollera, había arrancado y con un poco de suerte ya nunca más podría parar. Pasé de largo La Alameda, y a mi derecha quedaron las estatuas de Billie Holliday y de Jimmy Hendrix haciendo posturitas raras.

Los mimos también iban maquillados de negro. El Ayuntamiento pagaba.

¡A La Alfalfa!.. Ahora tenía una razón para beber, no es que la necesitara, pero las celebraciones forman parte de los borrachos. Lo celebran todo, que decía Bukowski, ya sea bueno o malo.

De cara a la sociedad, esa noche, yo estaría justificado.

Caminé de nuevo marcha atrás, haciendo los pasos de “moon-walker” que la ocasión exigía. Un galápago se me puso al lado e intentó imitarme, pero no había ni punto de comparación, el muy imbécil...Al segundo paso cayó de espaldas sobre su propia concha y yo me fui pensando en Leon, uno de los replicantes de Blade Runner, mientras, el bichejo de sangre fría hacía cabriolas sobre su propio centro intentando incorporarse sin ningún éxito.

Era hermoso respirar y vivir el momento que yo respiraba y vivía, sin adversarios, sin malas pajas...

En mi mundo mandaba yo.

Llegué al lugar, y en el mismo había diez mil niñatos haciendo botellón. Cantando como energúmenos canciones sin letra. Entré en un bareto y pedí cerveza, papel y boli.

Poesía, mi asignatura perpetua. Sonaba algo parecido al dulce en los altavoces de la barra. Un grupo de pop sumamente empalagoso. Aquello me cortó un poco mi personal inspiración. No creía en ella, pero tampoco en su ausencia. Le pedí al camarero que cambiara de música y al



estúpido no se le ocurrió otra cosa que ponerme reguetón. Lo llamé de nuevo y le propuse un poquito de Tom Waits, pero no sabía quien era;

Una poesía violenta, eso fue lo que me salió desde las tripas.

Me llevé a mi sombra hacia un reservado y me dediqué, durante un rato, a observar los culos de las niñas que por allí se movían. Culos de todos los tamaños y formas, señoritas conscientes de su encanto. Marcando bragas y tangas, faldas y pantalones que parecían comerse una patata con las ansias de un depredador furioso... el paraíso embadurnado en música mala.

Empecé por planteármelo todo desde el principio:

¿Quién era?, era Albert Camus el tercero, el mejor escritor de tercera de mi generación,

¿De dónde venía?, de La Alameda, creo...

¿Hacia dónde iba?, buscaba culos, cerveza e inspiración en La Alfalfa (eso también lo creía).

Tenía un piso de alquiler y un poquito de talento, tenía el trocito de cerebro suficiente para no formar parte de la gentuza que habitaba aquel mini-macro-botellón.

Poseía grandes cosas en realidad y nadie parecía apreciarlas.

Poseía poesía.

A mitad de este caos metafísico, me fui hasta la máquina y saqué un paquete de cigarrillos. Me fumé un par de pitillos mientras pedía otra cerveza, observando mi personal mundo de nalgas con dueños, nombres y apellidos.

Menudo ridiculum vital el mío...

Yo no tenía educación ni responsabilidad alguna, pero eso no quitaba que mi cuerpo, y sobre todo mi hígado, no sufrieran por todos los demás mortales como un Jesucristo cualquiera... exigiendo, rogando, pidiendo a gritos una cruz de madera y sus correspondientes clavos y sus



sagradas hostias, y lo más triste, pero no menos importante: un Poncio Pilatos que supiera lavarse bien las manos.

Vale, acababa de recordar que era escritor, uno bueno además, pero el subsidio del paro no iba a durar para siempre, de hecho, le quedaban dos cafés, un mes y medio hablando en plata.

No era inmortal, no era del clan de los McClaou. La escritura no daba de comer, mi actitud frente a la vida tampoco.

Por lo tanto, decidí alargar el día de San Imbécil hasta el infinito aquella noche.

Tenía mis razones, lo juro.

La música se detuvo de golpe (gracias, gracias... gracias).

Un tipo al que nadie de los allí presentes parecía conocer, se subió en la barra con un micrófono de la señorita Pepis y dijo:

- No es culpa de nadie, no es culpa de nadie... pero los vecinos también son seres sociables, como las culebrillas de agua o como los hámsters, y debemos saber decir también "No"...

La gente detuvo sus conversaciones para escuchar al tipo este que no se parecía en nada al Poncio Pilatos que tenía dibujado en la mente, y no le di ni un sorbo de cerveza más como oportunidad, dejé el vidrio a medias y me dirigí hacia la puerta.

Momento perfecto para huir.